

Federico Aznar Fernández-Montesinos
Capitán de fragata de la Armada, Analista del IEEE

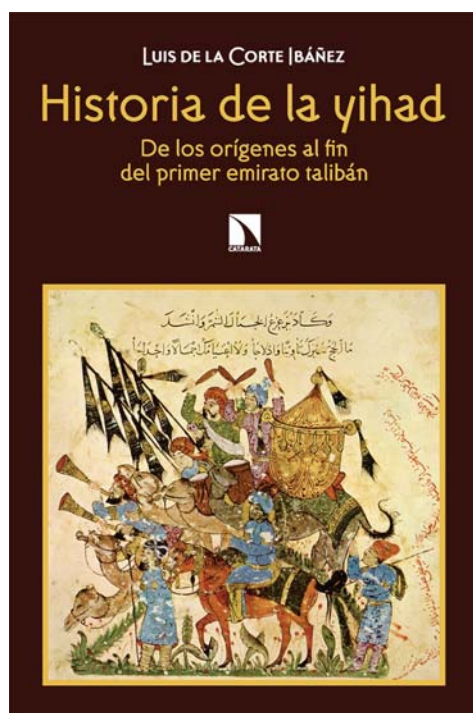
Correo: faznfer@fn.mde.es

RECENSIÓN

HISTORIA DE LA YIHAD: DE LOS ORÍGENES AL FIN DEL PRIMER EMIRATO TALIBÁN

Luis de La Corte Ibáñez, editorial Catarata, 2021

ISBN 978-84-13523-51-4 (384 páginas)



A lo largo de la historia, ha habido un terrorismo nacional, circunscrito a un concreto territorio; transnacional, en el que las bases o santuario estaban en un territorio y su campo de acción y objetivos en otro; un terrorismo internacional, que tenía sus objetivos en un territorio mientras su campo de acción era el mundo entero; pero, a partir del 11S, apareció un terrorismo global en el que los terroristas tienen los objetivos en el mundo entero y el campo de acción también.

Estos atentados trajeron consigo a un mar de expertos y diletantes que se esforzaban en tratar de explicar un fenómeno impregnado con una significativa distancia cultural que lo hacía difícilmente comprensible. El terrorismo suicida epataba y resultaba del máximo interés mediático, fruto de las imágenes con las que se recreaba en la violencia explícita y con la que se desafiaba al mundo. Como consecuencia, puede decirse que apareció hasta una suerte de *industria del terrorismo* que trataba de dar respuesta a esa demanda urgente de conocimiento.

El principal logro de Al Qaeda, podría decirse, que ha sido el haber popularizado la palabra *yihadista*, que sirve de apellido y mínimo común denominador a distintos movimientos locales, a los que se ha dotado de una cierta vertebración, generando sinergias a nivel global. Una nueva palabra trata de describir un fenómeno igualmente novedoso, el *alqaedismo*, término que designa a un conjunto de grupos yihadistas integrados en una suerte de nebulosa semifranquicial en cuyo centro se ubica Al Qaeda que actúa como fuente de emulación e inspiración como resultado de la legitimidad obtenida con el 11S.

Pero, los movimientos yihadistas también han parasitado conflictos de otra naturaleza y transformado sus claves y naturaleza en religiosa, sin realmente resolverlos y hasta para acabar combatiendo a quienes en principio se había venido a apoyar.

China ha ocupado su lugar. Podría decirse que el ascenso pacífico de China pasó inadvertido —no para todos— en el ruido mediático generado por el yihadismo. No obstante, han pasado más de 20 años desde el 11S, un tiempo suficiente para un análisis desapasionado que permita extraer lecciones útiles para otros casos sobre cómo se llegó hasta allí.

Es este un momento en que yihadismo ha quedado fuera de los focos mediáticos lo que priva al fenómeno de muchas de las formas de emocionalidad que lleva asociadas o provoca y hace que el análisis sea de facto ahora más objetivo y, por ende, de particular interés académico. A ello se suman numerosas fuentes primarias y análisis multidisciplinares que llaman a la reflexión sobre el camino que condujo al 11S y a una relectura de lo trabajado hasta ahora.

Esto es precisamente lo que nos ofrece el libro que nos ocupa *Historia de la yihad: de los orígenes al fin del primer emirato talibán* publicado por la editorial Catarata y que lejos de atender al efecto llamada informativo provocado por los atentados terroristas, y el diletantismo subsiguiente, se elabora concienzuda y asépticamente de la mano de un reputado psicólogo, Luis de la Corte Ibáñez, profesor titular de Psicología Social en la Universidad Autónoma de Madrid y con un largo currículum en el estudio de terrorismo. De hecho, y, además, el profesor de la Corte dirige el área de Estudios Estratégicos

e Inteligencia del Instituto de Ciencias Forenses y de la Seguridad de la Universidad Autónoma de Madrid.

El desarrollo del trabajo es lineal y utiliza la historia como *leit motiv* partiendo de fuentes bibliográficas de la máxima solvencia. De la Corte es un realista empedernido y este proceder y medio de prueba se encuentra en línea con esa lógica de pensamiento. Estamos ante un recorrido riguroso sobre la yihad guerrera que, partiendo de sus orígenes, acaba centrándose en sus manifestaciones contemporáneas, si bien el foco se sitúa en los atentados del 11S. El libro en sí mismo es una sucesión de hechos históricos encadenados entre los que establece ligazones de diversa índole.

Y es que el islam es un tradicionalismo, por eso la historia es fundamental para su comprensión. Las raíces del yihadismo están en la interpretación del Corán y los hádices, con que comienza el trabajo. Significativo es el papel de la escuela jurídica hanbalí por su literalismo en la exégesis coránica; y también pasan por pensadores como Ibn Taymiyya, o movimientos reformadores como el wahabismo.

La palabra salafismo —una idea de los primeros medio tiempos del islam— proviene del término *Salaf al-Salifh*, los antepasados piadosos, con el que se hace referencia a los cuatro califas perfectos, sucesores del Profeta, Abu Bakr, Omar, Utmán y Alí y, en términos más amplios, a las tres generaciones a las que pertenecen, por su proximidad al Profeta.

Citando a Ernst Renan, comienza el libro en los orígenes con un análisis del papel de la contribución de la yihad en la difusión del islam, como religión, comunidad y civilización a través de una selección de acontecimientos, situaciones e ideas que han modelado de forma decisiva la historia de la religión, la comunidad, la civilización y el pensamiento islámico.

El mundo islámico se había desarrollado autónomamente desde las cruzadas. En este contexto y tras varios siglos de aislamiento, la invasión de Egipto por Napoleón demostró la debilidad de las sociedades del Norte de África respecto de Occidente. Después vino el trauma de una colonización en la que se produjeron crímenes y masacres. Esta, además, no proporcionó las promesas de desarrollo que habían servido a su fundamentación doctrinal.

A finales del siglo XIX, el despertar del islam y sus intentos de reforma regeneracionistas estarán encabezados por intelectuales de primer nivel. Las primeras organizaciones islámicas aparecieron en este contexto mucho antes de la Guerra Fría, aunque no se les prestó atención en Occidente. Así, la Organización de los Hermanos Musulmanes surgió ya en 1928, 4 años después del fin del Califato y de la desmembración del Imperio otomano, de la mano de Hassan Al Banna. Después vino el proceso de descolonización que asoció el islam con los movimientos nacionalistas y que se produjo en el contexto de la Guerra Fría.

En este marco, que enlaza con la crisis del petróleo, se produciría la internacionalización del terrorismo palestino, la República Islámica de Pakistán y la revolución iraní o la guerra del Líbano. Pero también se sumaron a este movimiento otros ámbitos

geográficos y a veces dotados de claves distintas a las religiosas y superpuestas a ella, como el conflicto de Cachemira o las dinámicas habidas en Filipinas.

Será en la década de los 70/80 cuando se produzca la consolidación del fenómeno del asociacionismo islámico y su lanzamiento definitivo, coincidiendo con años de grave crisis social, económica y política, pero también de choque cultural.

Las causas próximas del resurgir del islam en la vida política que se produjo entonces, se encuentran en lugares tan comunes como el conflicto árabe palestino, y el sentimiento permanente de agravio que entraña para las naciones árabes. El éxito de la revolución iraní, que pese a ser chiita, demostró que la propuesta de islamizar la modernidad no era una utopía sino una realidad practicable. La expansión ideológica del wahabismo financiada por Arabia Saudí y materializada por profesores de escuela sirvió a la expansión de las ideas, los pensadores —como Qutb o Faraj con su obra *La obligación olvidada*— les dieron cuerpo doctrinal y cohesión. La invasión rusa de Afganistán proporcionó adiestramiento militar a guerreros fanatizados y ayudará a la coordinación del movimiento mediante la creación de lazos comunes. El fracaso de la vía socialista árabe y de los Estados en cumplir su función les deslegitimará y hará que numerosas organizaciones tachen a los gobiernos de orientación laica de infieles. Es decir, a finales de los 70 había ya ideas, doctrina, dirección, adoctrinamiento, recursos y personal adiestrado.

El islamismo político que se presenta como respuesta a tales dilemas se planteará como una solución integral desde la pretensión de ser el punto de encuentro entre religión y política. Estos movimientos se han ido transformando con su paulatina inserción en el engranaje del Estado al introducir un posibilismo que afectaba a la aplicación de la doctrina que acabaría por producir su banalización.

Simultáneamente, se produjo la politización de la yihad junto a la islamización de conflictos como el Palestino. Los países afectados por este nuevo yihadismo fueron Líbano —con la eclosión del yihadismo chíf—, Israel y Palestina, Egipto y Argelia que vivió una segunda guerra. Pero también sacudió otras áreas como Indonesia o Filipinas hasta llegar a Afganistán. El fin del comunismo reactivo, la efervescencia islámica en toda el Asia Central —particularmente en Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán— así como en el Cáucaso —Chechenia— alcanzando hasta los Balcanes donde su actividad se saldó en fracaso.

El salafismo moderno surgió en los sesenta en Arabia Saudí por razones geopolíticas bajo la tutela de sus dirigentes como un instrumento de lucha contra el nasserismo y la vía socialista árabe. La fusión de su pensamiento con el wahabismo constituyó un poderoso reactivo que vivificó y dinamizó el grupo que, más tarde, adquirió vida propia.

En este contexto y época, con el apoyo de los servicios norteamericanos y paquistaníes y de modo poco claro, aparecería como una red de redes. Al Qaeda, que no se desmovilizaría a la finalización del conflicto soviético sería una evolución de la organización *Maktab-al-Jidmat* (MAK) de Abdulá Azzam, promotor de la idea de yihad global, a la que se sumaría Bin Laden y Ayman al-Zawahiri. Se trata de una fraternidad islámica que, pese a estar al socaire de la etnia árabe, trasciende las diferencias

nacionales y culturales y los objetivos ideológicos inmediatos. Al socaire del refugio afgano forjaron un cuadro de activistas fuertemente motivados y experimentados en el combate armado.

No obstante, diferencias tácticas entre los líderes —era partidario de la guerra de guerrillas en el marco de un conflicto convencional, mientras Bin Laden propugnaba un terrorismo global aprovechando los propios canales del MAK— acabaron por producir la ruptura y, probablemente, sea una de las razones de su asesinato, el cual no está aclarado y que no pocos imputan al saudí en tanto que beneficiario.

La radicalización del Sudán también sería importante en el desarrollo del movimiento yihadista. En este proceso destaca el papel del líder Hasan al-Turabi que estableció relaciones con grandes líderes islámicos y del terrorismo mundial de entonces. El país se encontraba fracturado en tanto que el norte musulmán gobernaba sobre las minorías africanas animistas y cristianas del sur. Al-Turabi invitó a Bin Laden al país, lo que llevó a Al Qaeda también a Somalia, Eritrea y Yemen. Los atentados contra el *World Trade Center* de 1993 y contra el presidente egipcio Mubarak en 1995 mientras se encontraba en Adís Abeba, dejaron al Sudán en una posición incómoda, con lo que se propició el retorno de los efectivos de Al Qaeda a Afganistán donde existían campos de adiestramiento en los que, desde el último decenio del siglo XX, se adiestraban grupos musulmanes de todo el mundo y del que emergieron dos nuevas figuras: Setmarián y al-Zarqawi.

Al Qaeda consolidó en este territorio una sólida estructura organizativa mientras cuidaba la formación y selección de sus cuadros de mando, y reforzaba antiguas relaciones surgidas al calor del conflicto con la Unión Soviética, como la que mantuvo con la red Haqqani. Al mismo tiempo, acentuó su relato antioccidental, apostando en su estrategia por el *enemigo lejano*, que actuó como aglutinador; al mismo tiempo, consideraba a la mayoría de los regímenes instalados en los países musulmanes como ilegítimos y que subsistían al amparo occidental. Utilizando una estrategia mediática y con una gran dialéctica antinorteamericana, se trataba de provocar o forzar con sus actos una respuesta desproporcionada —que por otra parte no temía— por parte de aquel país la cual legitimase su causa y despertase definitivamente al pueblo musulmán.

Así comenzaría la gran campaña contra Estados Unidos que conduciría a los atentados de las embajadas de Kenia y Tanzania en 1998, y contra el USS Cole en 2001. Por su parte, Al Qaeda no cesaba de dotarse de medios y capacidades para sus actuaciones a nivel global; pero Estados Unidos no reaccionaba o prestaba atención al evidente reto que suponían tanto Al Qaeda como a los talibanes.

La ambición de Al Qaeda por golpear a Estados Unidos cristalizó en unos atentados, los del 11S, que son el colofón de la campaña, y que estaban inspirados en un intento de ataque a París concebido desde Argelia. Los atentados fueron el resultado de un fallo de inteligencia cuya raíz fue subestimar las capacidades con que contaban estos grupos; esto fue causa, a su vez, de que la información disponible fuera infraexplotada.

Los atentados del 11S situaron a Al Qaeda en primera línea a nivel mundial, le dieron una visibilidad global, convirtiendo a la organización en banderín de enganche de

muchos de los descontentos con el orden vigente a los que dieron esperanza de poder cambiarlo, dotando a la organización de una relevancia poco acorde con sus capacidades militares reales. Una salida que canalizaba el odio identitario y la frustración de segmentos significativos de la población musulmana. Su proceder hizo que su apuesta política fuera sentida como viable, y consecuentemente, como un peligro real para la seguridad de Occidente.

El trabajo de Luis de la Corte, como nos había anunciado, acaba en Afganistán con la caída del primer emirato Talibán, cosa que, a su juicio, sorprendió a Bin Laden — que no se planteó el que los norteamericanos fueran a realizar un despliegue terrestre como respuesta al 11S— para, en el epílogo a la obra, analizar los porqués de la victoria Talibán de 2021 y los errores estratégicos —o de carencia de estrategia— que condujeron a esta situación.

Estamos ante un trabajo necesario, un documento de investigación relevante y pertinente con el que se conmemora propia y apropiadamente una fecha del máximo interés geopolítico. Tal cosa se hace de un modo carente de emociones y riguroso de la mano de alguien que es una referencia en los estudios de terrorismo en nuestro país.

La crítica que cabe hacerse está en relación con la metodología seguida y a la referencia realista del autor. Este desarrolla una enciclopédica exposición de hechos y datos, pero a veces se echa en falta un poco más de análisis estratégico con vistas a extraer consecuencias que vayan más allá de los hechos históricos y nos sean útiles hoy. También nos hubiese gustado que se hubiera abordado con algo más en profundidad y detalle las transformaciones ideológicoreligiosas del movimiento islamosalafista, sus diferenciaciones y matices en relación con los hechos y en tanto que trascendentes desde la óptica de la seguridad.

En cualquier caso, es un trabajo brillante. Podemos encontrar analogías con la obra de Gustavo de Arístegui *La yihad en España* o el trabajo de Gilles Kepel por más que su óptica y ambición sean otras. Es por ello y por su oportunidad académica, por lo que no podemos sino felicitar al autor por el esfuerzo compilatorio y analítico realizado y que aprovechamos para apoyar desde el Instituto por su relevancia en nuestro país.

Y es que España debe producir sus propias investigaciones y más sobre cuestiones relevantes de seguridad. No cabe que nos conformemos con lo que otros producen para su propio uso y a granel. La agricultura y el pensamiento son necesidades estratégicas de las naciones.

Recensión recibida: 24 de mayo de 2022

Recensión aceptada: 25 de mayo de 2022
